Luis Morote

Blasco Ibáñez

(*El Progreso* [Madrid]; cf. *El Pueblo*, 12-12-1900)

Si no estuviera prostituido el adjetivo, yo diría que Blasco Ibáñez es sencillamente admirable. Gran orador, gran articulista político y social, gran director de periódico, gran revolucionario, gran cuentista, gran novelista, gran corazón, gran voluntad, gran cabeza. Vicente es de los primeros entre los primeros en la juventud intelectual española. Pero no como hombre que promete, que constituye una esperanza, sino como fruto sazonado y maduro. Si hubiera muchos como él, el verbo *europeizar* inventado por Costa no haría falta. Porque él, con su incesante propaganda de pluma y de palabra hace tiempo que *europeizó* una de las más hermosas y artísticas y cerebrales y entusiastas y republicanas regiones de España.

Blasco Ibáñez merece tener por patria una Valencia, porque Valencia merece el culto que le profesa Blasco Ibáñez, su hijo esclarecido. Este verano una mañana, presencia Valencia uno de los espectáculos más artísticamente sublimes que haya visto una ciudad en los tiempos modernos. Para ver cosa parecida sería preciso remontarse a la mejor época de Grecia, al periodo de mayor florecimiento de las ciudades italianas del Renacimiento. ¡Qué espectáculo! ¡Qué gloria y honor para Valencia!

Se celebraba con públicos festejos la concesión por el Jurado Internacional de París de la medalla de honor del gran premio a Joaquín Sorolla y Mariano Benlliure. […] ¡Y qué gentío! La población entera que se había echado a la plaza pública y hacía de esta el Foro y se conducía como una verdadera democracia.

Salieron por fin los dos premiados. No, no eran dos aquellos a quienes Valencia alzaba sobre los hombros. Eran tres, eran Blasco, Benlliure y Sorolla. Con su certero instinto, el pueblo asociaba a la victoria de la pintura y de la escultura, la victoria del arte difícil, soberano, por excelencia moderno, de la novela. Y ya no resonó más que un viva, un viva inmenso que poblaba los aires, el dedicado a la trinidad artística honra de la nueva Atenas.

Y no era una frase retórica, ni un lugar común de la oratoria llamar Atenas a Valencia. Atenas por haber logrado producir a un tiempo mismo, viviendo a la par, a Benlliure, Blasco y Sorolla. Atenas por saber honrarlos. Atenas por poder encerrar en un solo viva el dedicado al arte y a la ciudad, el culto devoto a sus tres preclaros hijos.

La muchedumbre se puso en movimiento, levantó en alto la artística trinidad estrujándola, sobándola, besándola, cual si con aquellos abrazos y

ósculos quisiera sellar para siempre el carácter heleno de la gran patria del arte. Y cada vez que se detenía prorrumpía la multitud en igual clamoreo ruidoso. Y jamás a ningún rey o emperador o caudillo victorioso se les tributó homenaje parecido en que vibrara con acentos tan puros el alma de un pueblo. Durante horas, fueron los señores, los amos y árbitros absolutos de Valencia. ¡Qué dulce y gloriosa soberanía!

Pues bien; ovaciones como esa ha tenido muchas Blasco Ibáñez, aunque no tan pacíficas y tan alegres. El pueblo valenciano ha ido donde él ha querido, a celebrar la fiesta de la República, a pelear por la belleza, como a luchar contra los gobiernos de la monarquía, a organizar la más estruendosa manifestación que ha presenciado España contra los carlista, cuando la famosa visita de Cerralbo, como a declarar la guerra a los Estados Unidos, cuando hubiera podido ser eficaz a raíz del grito de Baire, todavía no desangrada y aniquilada España…

Blasco Ibáñez es Valencia, por eso es su diputado, pero no para mediar en las turbias discusiones, en las vanas querellas del desprestigiado Parlamento, sino para representar en un grito, en un ademán, en un apóstrofe, en un discurso breve, en un voto, sus palabras que suenan a proclama y desafío lo que es la ciudad que tiene tal diputado, la protesta contra todo lo existente, protesta en cuanto a la política, a la sociedad, a la ciencia, al arte, a las creencias…

Blasco Ibáñez es muy joven y ha vivido mucho y ha padecido mucho y ha pensado y hablado y escrito mucho. Se ha llevado meses y más meses en la cárcel, ha sido juzgado por un Consejo de guerra como autor de delito de sedición, ha incurrido en denuncias que no se pueden contar. Entre prisión y prisión, entre destierro y destierro escribía libros. No es un tropo manido llamarle tribuno. Tribuno en mítines al salir de los que las hordas carlistas le esperaban para matarle, armadas de hachas. Tribuno en el periódico y hasta en la novela, revolucionando el pensamiento de su pueblo.

A la hora actual y sin dejar un solo día de escribir artículos, metido con el alma entera en la ruda tarea del periodista, tiene a su cuenta, como ilustre bagaje literario, más de doce volúmenes. Si su fama nacional y aun de exportación necesitara consagrarse, la establecería para siempre con caracteres de oro su última novela que acabamos de leer con singular deleite, *Entre naranjos*. Hoy, sin ningún género de exageración, se le puede comparar a Blasco por el vigor de la concepción, por la vida y la realidad de lo imaginado, por el estilo vibrante, por la grandeza de los caracteres, por la universalidad del asunto, por todas sus dotes eminentes con los primeros novelistas no ya de España sino del mundo. Fuera de Galdós, el Galdós de los buenos tiempos, no hay aquí quien pueda comparársele y de seguro nadie que le aventaje. Si tiene envidiosos, que sí los tendrá, y han leído esta postrera producción suya, deben sufrir su agudo

ataque de ictericia que les ponga a las puertas de la muerte. Ciertas descripciones de *Entre naranjos* no ceden en nada en hermosura a la *Fecundidad* de Zola, ni a su *Terre*, ni a su *Germinal*. Así como suena. El que no vea de este modo es indigno de leerla.

Entre naranjos es un canto al amor que una vez sola pasa de verdad a nuestro lado en la vida. El que no se deja coger de la mano por el dios alado y le sigue, ese habrá sido muy infeliz en la tierra porque no habrá conocido los sublimes espasmos que conocieran Rafael y Leonora, el diputadillo de Alcira y la varonil valquiria.

No quiero contar el argumento porque temo profanar la novela. Además que ayer por la mañana, es decir, hace ocho días, se puso a la venta y ya está agotada la segunda edición. De suerte que cuantos leen y juzgan la conocerán a estas horas y fuera ridícula pretensión contarles la trama de *Entre naranjos*.

Capítulos como el de la confesión de Leonora; como el de la inundación de Alcira y salida en procesión de la imagen de San Bernat; como el del viaje a la casa azul de Rafael y Cupido por entre campos que son lagos; como el del encuentro de los dos protagonistas en el mercado de la ciudad; como el del asalto a la fortaleza de virtud que es la valquiria cual cortesana desengañada de los hombres; como el de la unión de los dos amantes en su cuerpo y en su alma al aire libre, sobre lecho de azahares, respirando el ambiente de amor de la primavera en noche en que el cielo y la tierra conspiraban a juntarlos; como el de la separación y ruptura, rendido el novio a la influencia burguesa de un paseo por Valencia hipócrita, por la Valencia que circula en coche por la Alameda; como el de la sesión del Congreso, en que el diputado congrio y huero, que es decir ministerial, tiene que contestar al sabio y venerable Pi Margall, son capítulos para que se queden de ejemplos clásicos en la literatura moderna.

Y cuando se cierran sus páginas, más de cuatrocientas, el efecto que siente el lector, yo lo he sentido, es que sabe a poco, es que quisiera prolongarse la delicia, es que echa uno de […] Es un símbolo hermoso, es el himno a la libertad de la mujer emancipada por el arte.

Blasco se identifica con la protagonista y también él en la liberal Valencia, en la Ginebra de España, ha conseguido muchas, pero muchas veces que la República, poniendo el pie sobre curas y monárquicos, sobre burgueses y beatos, lanzara el terrible y armónico *¡hojotoho!*, grito de guerra y de triunfo.

Material cedido a la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes gracias a la colaboración con el Ajuntament de València, Regidoria de Patrimoni i Recursos Culturals a través de la Casa-Museo Blasco Ibáñez. La localización, transcripción y/o traducción de los documentos ha sido realizada por Emilio José Sales Dasí, director de la Casa-Museo Blasco Ibáñez.